

Damasio de Frías: un clásico para ser estudiado

LORENZO RUBIO GONZÁLEZ

Univ. de Valladolid

Aunque el profesor Eugenio Asensio comparte la convicción común de que la mayoría de los *clásicos olvidados* lo están justamente, hace una excepción, e intenta refrescar el nombre de un prosista castellano casi olvidado, cuya fama no fue pequeña en su tiempo. Se refiere el prestigioso profesor y crítico a Damasio de Frías y Balboa, a quien califica, con cierto desdén, de filósofo de capa y espada y de libre pensador peripatético, cuyo *Diálogo de amor* hace objeto de su estudio en relación con el italianismo que dominaba en la cultura literaria de Valladolid¹, durante el siglo XVI.

Ciertamente, el escritor vallisoletano Damasio de Frías es un clásico que, por el escaso número de escritos conservados, ha sido casi olvidado, pero nunca del todo; y en nuestro siglo, aunque de manera esporádica y con distancia de años bastante acusada, pugna por suscitar el interés de los historiadores de la literatura y asomar su rostro entre la multitud literaria que forma el panorama del Siglo de Oro.

Hoy por hoy, se dispone de muy escasos datos biográficos documentados directamente, y de sus obras solamente se conservan algunas muestras poéticas y sus *Diálogos de diferentes materias*, además de la novela de caballerías *Lidamarte de Armenia*, la cual ha sido el tema de la tesis Doctoral de Mary Lee Cozad en la Universidad de Berkeley (California), en 1975.²

La atención que el profesor Antonio Prieto presta al escritor vallisoletano en su *Poesía española del siglo XVI*³ y la que promete dedicarle en *La Prosa*

1. EUGENIO ASENSIO, «Damasio de Frías y su *Dórida*, Diálogo de amor. El italianismo en Valladolid», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Homenaje a Raimundo Lida, 24 (1975), núm. 1, págs. 219-234.

2. MARY LEE COZAD, *An annotated edition of a sixteenth century novel of chivalry Damasio de Frías y Balboa's «Lidamarte de Armenia»; with introductory study*. Tesis Doctoral, dirigida por Arthur L. Askins, Berkeley (California), 1975.

3. ANTONIO PRIETO, *La poesía española del siglo XVI*, Madrid, Ediciones Cátedra, tomo II, 1987, págs. 629-654, pero especialmente págs. 648-652.

española del siglo XVI, son un doble flash que contribuirá a fijar con nuevos perfiles la figura de Frías dentro del abigarrado conjunto de escritores españoles del siglo y, especialmente, dentro del grupo de escritores vallisoletanos de aquella centuria.

La mayoría de los datos que conocemos sobre Damasio de Frías son indirectos, deducidos de sus escritos o de las menciones de sus contemporáneos, y hacen referencia más a las cualidades que adornaban su persona que a circunstancias concretas de su vida. Se le cuenta entre los poetas vallisoletanos por los testimonios que nos han dejado Lomas Cantoral en sus *Obras*, Cervantes en *La Galatea*, Medina y Mesa en *Cosas notables de España* y Vicente Espinel en *Casa de la Memoria*. El propio Damasio, tan inclinado a figurar en sus escritos, aparece como *Ciudadano* de Valladolid en su *Diálogo en alabanza de Valladolid* y en sus otros diálogos, demostrando conocer sus parajes y sus gentes como persona que vive en la ciudad. No hay duda sobre este particular. ¿Pero realmente nació en Valladolid y ésta fue su patria natural? Narciso Alonso Cortés evitó cautelosamente plantear el asunto, a pesar de que revisó archivos en busca de datos al respecto, como lo demuestra el acuerdo del Ayuntamiento de 1561 para conceder una libranza a Damasio por servicios poéticos prestados con motivo de la llegada de Felipe II. Tampoco Eugenio Asensio aporta nada sobre este particular. En cambio, si aceptamos que Damasio está encarnado en el *Ciudadano* del *Diálogo en alabanza de Valladolid* y que habla por su boca, parece negar que Valladolid fuese su patria, a pesar de que la admira y ensalza porque en ella ha vivido más que en ninguna otra:

CIUD. A mí cierto me da gran contento haberseme ofrecido ocasión de daros alguno, y diziéndoos verdad *lo* es para mí que ofrecérseme puede hablar de Valladolid, TAN AFICIONADO LE SOY SIN SER MI PATRIA, por solo, como dicho os he, haverme parecido siempre tal que con mucha razón merece qualquiera bien que dél se diga según sus calidades.⁴

Narciso Alonso Cortés dejó bien sentada la fama de poeta que alcanzó Frías en su tiempo, refiriendo los testimonios elogiosos de Jerónimo de Lomas Cantoral, Miguel de Cervantes, Medina y Mesa, Vicente Espinel y Baltasar Gracián, así como la estimación de la ciudad y la condición de Damasio de Frías como defensor de Garcilaso, pero nada más añade sobre la vida del escritor cuyo *Diálogo* edita a continuación.⁵

4. Citado por NARCISO ALONSO CORTÉS, «*Diálogo en alabanza de Valladolid*, por Damasio de Frías», en *Miscelánea Vallisoletana*, tomo I, Segunda Serie, Valladolid, Miñón, 1955 (Edición anterior, Valladolid, 1919), pág. 241. Modifico en la cita *no* por *lo*, porque me parece una errata que confunde el sentido de la frase. Cf. nota 36.

5. *Ibid.*, págs. 225-230 y 230-287.

El primero que abocetó la personalidad de Damasio de Frías fue José F. Montesinos, a propósito de la nota bibliográfica que escribió sobre la edición de los tres *Diálogos de diferentes materias*⁶, realizada por Justo García Soriano. De la lectura del propio texto, hecha con detenimiento y perspicacia, deduce Montesinos que Damasio «representa de la manera más pura ese tipo de escritor 'privado', digámoslo así —tan frecuente en España en el siglo XVI—, reaccio a los halagos de la publicidad, curioso, verboso, de ingenio pronto y buen sentido, escéptico y tímido»⁷. Añade el mismo crítico que el deseo de mantenerse escondido dentro del círculo de sus allegados, prefiriendo la celebridad provinciana a otras de mayores exigencias, nace de un carácter en el que se mezclan el estoicismo humanista y la indolencia, lo cual lleva consigo la ventaja de disfrutar de libertad y despreocupación y los inconvenientes de estrechez de horizontes, flojedad, relajamiento de la disciplina mental y de la disciplina literaria, sin sentirse obligado a comparecer ante el severo juicio de los eruditos y de la pública opinión. Ameno conversador, entendido en diferentes materias, culto por sus lecturas y de valor discreto por sus juicios. «Todo ello —concluye Montesinos— tiene un alto valor documental, si bien nada quede suficientemente elaborado; nada tiene fijeza bastante para merecer un puesto muy visible en la historia del pensamiento español».⁸

Algunos datos más deduce Eugenio Asensio de la misma lectura de los diálogos editados por García Soriano. Supone el citado investigador que Valladolid fue su patria natal, pero el dato sigue sin estar demostrado. Más probable es que frecuentase las cátedras de Salamanca y que en el ambiente estudiantil salmantino adquiriera su gusto por las discusiones y por la conversación culta, aunque su temperamento le inclinaba a ello con demasiada facilidad, según confiesa en el *Diálogo de la Discreción*. Entró al servicio de don Luis Enríquez, duque de Rioseco, que casó con doña Ana de Cabrera, condesa de Módica en Sicilia. «La primera historia fechable de Damasio —escribe Eugenio Asensio— es su visita a la condesa de Gelves en Sevilla, poco después de su casamiento, por tanto en 1555»⁹. En Valladolid conoció a don Diego de Azevedo y a Don Diego Hurtado de Mendoza, discretísimos caballeros de la corte, que mandaron juntos la flota de Castilla, en 1557, camino de Inglaterra. Don Diego Hurtado, según el profesor Asensio, favoreció el italianismo de Frías, le dio a conocer a Speron Speroni y le inició en la modalidad italiana de la sátira literaria en forma de epístola, como

6. DAMASIO DE FRÍAS, *Diálogos de diferentes materias, inéditos hasta ahora*. Advertencia preliminar de Francisco Rodríguez Marín. Madrid, Imp. de G. Hernández y Galo Sáez (Colección de Escritores Castellanos, Críticos, 161), 1929.

7. «Notas bibliográficas», en *Revista de Filología Española*, 19 (1932), pág. 189.

8. *Ibid.*, pág. 190.

9. EUGENIO ASENSIO, «Damasio de Frías y su *Dórida*...», *ob. cit.*, pág. 219.

parece demostrarlo Fernando de Herrera en su contestación a Prete Jacopín, quejándose de la censura del vallisoletano a sus *Anotaciones* a las obras de Garcilaso de la Vega:

Mas perdone Dios a Don Diego de Mendoza aber traido de Ytalia este género d'escrebir. Porque dio atrevimiento a Damazio (*sic*) para dezir mal del *Ynventario* de Villegas, con aquel donaire que tiene en todas sus cosas, y después para juzgar estas Anotaciones en una muy prolija carta que enbió desde Valladolid a un platero qu'estaba en Sebilla, que a buena razon no debia ser tan letrado como V. R., con que os quitó la gloria de aver sido el primero Reprehensor dellas.¹⁰

De este pasaje y de otros del *Diálogo de la discreción*, deduce Eugenio Asensio que las sátiras de Damasio debieron de ser muy celebradas en su tiempo, ya que gozaba de gran agudeza de ingenio y, además, gustaba de mostrarse original en sus escritos. Añade, también, que debió de recorrer la mayor parte de Italia y de España, a pesar de su condición declarada de hidalgo pobre, aunque no engréido. Finalmente, observa el mismo Asensio que «pocos escritores, en la España de Felipe II, fueron tan amigos de intercalar confidencias y recuerdos personales. Su personalidad irrumpe en sus diálogos (menos en el de Valladolid, donde su presencia es más velada) de modo terminante: en el de la *Discreción* y el de las *Lenguas* con su nombre explícito como interlocutor central, y en el de *Dórida* bajo el disfraz transparente de Dameo».¹¹

Damasio de Frías vivió en Valladolid la segunda mitad del siglo XVI, en un ámbito fuertemente impregnado de cultura en la que no eran de menor cuantía los influjos italianos y el apego a la literatura clasicista y garcilasista, dominantes en las décadas anteriores en toda España. El recuerdo de Garcilaso seguía vivo y defendido entre los poetas vallisoletanos, aunque cuando Damasio escribe sus *Diálogos* ya es patente el Manierismo. El núcleo de poetas y escritores de Valladolid coetáneos de Damasio, son de notable significación dentro del panorama de las letras españolas de la época: Hernando de Acuña, Lomas Cantoral, Luis Salado de Otálora, Andrés Sanz de Portillo, Hernando de Cepeda, Francisco de Montanos, Cristóbal de Mendoza, Pedro de Soria, Pedro López Enríquez de Calatayud, Miguel Sánchez, Bernardino Daza Chacón, Luis Pérez, Pedro Sanz de Soria, Diego Alfonso Velázquez de Velasco y otros de no pequeña relevancia que, por ser naturales de la ciudad o estantes en ella, forman un ambiente literario y cultural que explica el que Damasio se sienta orgulloso y satisfecho de la ciudad y el que sus escritos, aunque dirigidos a sus amigos y allegados, tuvieran

10. Citado por Eugenio Asensio de la obra *Fernando de Herrera. Controversias sobre sus Anotaciones a las obras de Garcilaso* (Sevilla, 1870, pág. 69), *ob. cit.*, pág. 221.

11. *Ibid.*, pág. 222.

una difusión suficiente, dentro del ambiente vallisoletano, que justifica el esfuerzo de su autor para escribirlos¹². Ser una celebridad provinciana en este ámbito podía ser motivo de satisfacción tal como la que nos da a conocer Damasio en sus *Diálogos*.

Pero lo cierto es que él, como la mayoría de los mencionados, no han trascendido y han permanecido casi olvidados entre las figuras mayores de la Literatura. No obstante, ahí están Acuña, Lomas Cantoral, Gabriel de Corral y aun otros menores, cuyas obras han vuelto a ser actualidad, gracias a las ediciones y estudios que se han realizado. Otros, como Miguel Sánchez Requejo, Damasio de Frías y aun la menos relevante doña Beatriz Bernal, autora de la novela caballeresca *Don Cristalián de España*, están siendo objeto de estudio por parte de tres estudiosos hispanistas. «Alguna vez será necesario —dice Montesinos— intentar una catalogación de la obra de estos poetas de segundo orden, con frecuencia mejores que su fama».¹³

De los escasos escritos de Damasio de Frías que se conservan, puede suponerse que poseía una sólida formación humanística e incluso que tradujo a Petrarca, o más probablemente que conoció en la propia lengua al poeta italiano, a quien cita en su *Diálogo de amor*. Por lo que llevamos dicho, parece ser que la obra de Damasio no pretendió rebasar los límites del propio deleite creador del autor, o, a lo sumo, sólo difundirse entre el círculo de sus amistades, aficionados igualmente al cultivo del ingenio y del bello discurso.

La fama que acompañó al nombre de Damasio de Frías en los siglos XVI y XVII y la escasa obra literaria, especialmente poética, que de él se conserva no se corresponden. Sin duda, escribió mucho más de lo que conocemos. En opinión de Montesinos, tal vez muchas de sus poesías circulan anónimas, pues ni los cancioneros de la época ni los cartapacios salmantinos registran composiciones con su nombre. Otra posibilidad que no debe descartarse es la de que puedan encontrarse en algún manuscrito todavía por descubrir, que un día quizá salga a la luz y nos sorprenda. Porque si en su tiempo y aún después mereció tantos elogios como se han conservado, situándole entre los más ingeniosos y exquisitos poetas, hay que suponer que su obra tuvo que ser suficientemente amplia para que un sólido apoyo de escritos la justificara, a pesar del tópico de la falsa modestia con que el autor quisiera velar sus méritos.

De su poesía sólo conocemos nueve composiciones: dos sonetos, «hechos al desdén»: «Amor ardiente y un desdén rabioso» y «Desdén eterno, cuya fuerte

12. Sobre el ambiente vallisoletano en la época de Damasio de Fría, véase *Valladolid, Corazón del mundo hispánico. Siglo XVI*, obra realizada entre varios autores, donde incluyo mi trabajo *Vida cultural y literaria de Valladolid en el Renacimiento*, Valladolid, Ateneo (Historia de Valladolid, III), 1981, págs. 224-276.

13. JOSÉ F. MONTESINOS, «Notas bibliográficas», *ob. cit.*, pág. 189.

mano», que figuran al final de *Diálogo de amor*¹⁴; dos églogas: *Canción de Damasio* («Riberas de Pisuerga apacentaua») y *Canción del mismo en que prosigue la pasada* («Sobre la flaca mano»), recogidas en *Flores de baria poesía*¹⁵; *Canción* («La alegre primavera»), *Retrato de Silvia, Canción* («Ay Silvia si mi llanto»), *Glosa* («Sobre buestras cejas bellas») y *Soneto* («Mostróme un dedo amor, blanco y hermoso»), que aparecen en *Parnaso Español*¹⁶. Las dos églogas («Riberas de Pisuerga apacentaua» y «Sobre la flaca mano») están escritas en estancias, forman una unidad temática, tienen un fuerte influjo de la *Egloga I* de Garcilaso y suman cerca de quinientos versos de indudable belleza. La canción «Ay Silvia si mi llanto», está escrita en liras y también representa un alto acierto poético, siguiendo la misma pauta de poesía pastoril garcilasista, aunque ya ligeramente amanerada, tal como podemos verla en Hernando de Acuña o en Lomas Cantoral. La *Glosa*, que comienza «Quando natura pintó», comprende cuatro coplas reales, en las que utiliza la forma combinatoria de rima más usada en su tiempo (abbab-ccddc), también seguida por Acuña, para desarrollar esta graciosa redondilla:

Sobre buestras cejas bellas
el Cielo y Amor riñeron,
porque entrambos pretendieron
hacer sendos arcos de ellas.

La alegre primavera, sin embargo, tiene una paternidad discutida. Es una bella canción de siete estancias con trece versos cada una (abC, abC, c, deeD, ff)¹⁷. Sigue el estilo bucólico garcilasista. Junto al tema central de la ausencia de la amada, causa de dolor, el marco de la Naturaleza alcanza especial relieve por los numerosos elementos descriptivos que contiene. La canción presenta un claro reflejo de la *Egloga I* de Garcilaso, en la que Salicio canta dolorosamente la ausencia de Galatea. *La alegre primavera* fue publicada por Diego Ramírez Pagán en la primera parte de *Floresta de varia poesía*¹⁸. Adolfo de Castro la recogió bajo el nombre de Damasio de Frías y Balboa en el tomo II de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*¹⁹. También Narciso Alonso Cortés, siguiendo a Castro y to-

14. DAMASIO DE FRÍAS, *Diálogos de diferentes materias*, ob. cit., págs. 384-388.

15. México, 1577. Este anónimo cancionero pasó a poder de don Andrés Fajardo (Sevilla, 1612) y pudo ser consultado por López de Sedano. Hay edición crítica, con prólogo e índices, de Margarita Peña, México, Universidad Nacional Autónoma, 1980.

16. JUAN JOSÉ LÓPEZ DE SEDANO, *Parnaso Español* (nueve tomos), Madrid, Joaquín Ibarra, 1768-1778, tomos II y VII.

17. En el texto reproducido por López de Sedano, y en los de Adolfo de Castro y Narciso Alonso Cortés, falta el verso décimo de la primera estancia, el cual en la versión de Joaquín de Entrambasaguas (*Obras de Pedro Laynez*, citada abajo) reza así: «con blando mouimiento».

18. Valencia, Juan Navarro, 1562.

19. Biblioteca de Autores Españoles, 42, Madrid, 1951 (reimpr. de 1857), págs. 509-510.

mándola de sus *Poetas líricos*, la incluyó en *Selección de poetas vallisoletanos* bajo el nombre de Damasio de Frías²⁰. Pero Joaquín de Entrambasaguas niega la atribución de *La alegre primavera* a Damasio de Frías. Contradiciendo a Adolfo de Castro, la considera de Pedro Laynez, sin que esta paternidad ofrezca ningún género de duda, pues mientras no hay argumentos en favor de la atribución a Damasio de Frías, la composición se encuentra como de Pedro Laynez en el *Ms. de Gor*, en el *Ms. de París* y en el *Ms. 371*, de la Biblioteca Nacional de París²¹. También Rodolfo Schevill la consideró de Laynez, y por eso la publicó entre las de este autor en *Algunas poesías de Pedro Laynez*²². Como de Pedro Laynez, pues, la publicó Entrambasaguas en las *Obras* de éste²³; pero es de advertir que entre el texto de la poesía de la edición de Entrambasaguas y el de Castro existen muy notables diferencias, desde luego en favor del texto poético reproducido por Entrambasaguas en su edición de *Obras de Pedro Laynez*.

Entre las pocas poesías de Damasio, destaca por su belleza y por su gracia el *Retrato de Silvia*. Según el hiperbólico juicio de López de Sedano, «no sólo excede a la antecedente (*La alegre primavera*), sino a todas cuantas en su línea de pintura amorosa han producido las imaginaciones más fecundas de los más célebres ingenios». El poema está escrito en octavas reales, concluyendo cada una de las doce octavas con la mención del nombre de la amada, combinando estas tres formas: *Silvia bella*, *Silvia amada*, *Silvia hermosa*. La descripción del busto de la amada, en la que utiliza con gracioso encanto la figura de la *amplificatio*, obedece al esquema renacentista, pero pintando con gran donosura de lenguaje poético un rostro femenino, al que se le aplican con nueva frescura las conocidas metáforas al uso. Por su particularidad, creo que merece ser reproducida.

RETRATO DE SILVIA²⁴

Quiso naturaleza artificiosa
 pintar con gran primor una figura,
 y con nuevo pincel, y arte curiosa,
 unió todas las partes de hermosura,
 y sacó una labor tan milagrosa,
 que vencida quedó de su figura:

20. Valladolid, Meseta, 1949.

21. *Obras de Pedro Laynez*. Estudio preliminar, edición y notas de Joaquín de Entrambasaguas con la colaboración de José Prades y Luis López Jiménez, Madrid, C.S.I.C., Instituto Miguel de Cervantes, 1951, 2 tomos, tomo I, págs. 159-160.

22. RODOLFO SCHEVILL, «Algunas poesías de Pedro Laynez», en *Revue Hispanique*, París, 82 (1933), parte 2.ª, págs. 10-28.

23. JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS, *Obras de Pedro Laynez...*, *ob. cit.*, tomo II, págs. 109-112.

24. JUAN JOSÉ LÓPEZ DE SEDANO, *Parnaso Español...*, *ob. cit.*, tomo II, Madrid, 1770, págs. 349-352.

excede a perfección quanto hay en ella,
y es retrato de mi Silvia bella.

Con alto ser y delicada mano,
dando aliento al espíritu divino,
hizo primero el bulto soberano
de proporción igual grave y benino;
y matizado el campo liso y llano
del azuçena y del rosal más fino,
por él lo derramó, y quedó admirada
de la presencia de mi Silvia amada.

Adelgazando el vivo entendimiento,
elevado el altísimo sentido,
nivela el rostro con seguro tiento,
imitando a un abril lleno y florido:
con sereno y grave movimiento,
por él jazmín y rosas esparcido,
está naturaleza ya invidiosa
de ver el rostro de mi Silvia hermosa.

Y puliendo el pincel muy delicado
para mostrar sus artificios bellos,
de un ayre sutilísimo llevado
releva una postura de cabellos,
que el oro queda bajo y eclipsado
quando se llega con el lustre dellos:
su resplandor al sol es poco o nada
con el cabello de mi Silvia amada.

Con artificio altivo y excelente,
en su labor süave embebecida,
mira una cristalina y clara fuente
por blancas pedrezuelas ya vestida:
de allí sacó la lisa y alta frente
en un compás justísimo y medida:
toda la perfección se ve en aquella
hermosa frente de mi Silvia bella.

Dos arcos vio en el Cielo, variados
de mil exçelentísimos colores,
y con curiosidad fueron notados
para elegir de aquellos los mejores;

destos lustrosos fueron imitados
los de sus cejas con altos primores:
tuvo su arco Amor por flaca cosa
quando vio aquéllos de mi Silvia hermosa.

Puso la mirada fija contemplando
los dos luceros, de belleza llenos,
y otros nuevos colores matizando
de blanco, azul y verde, los más buenos,
le va con afición perficionando
ojos claros, süaves y serenos:
y quédase suspensa y elevada
viendo los ojos de mi Silvia amada.

De pulido marfil, liso y bruñido,
por su nivel igual bien asentada,
con ingenio sutil, alto y subido,
le hizo la nariz proporcionada;
y de un rosado claro y encendido
colora sus mejillas la extremada:
alégrase de ver, mirando en ella,
aquellas partes de mi Silvia bella.

Las gracias todas llama y las invoca,
y con favor de aquestas diosas tales
hace los labios y graciosa boca,
y los dientes blanquísimos, iguales:
aquí el rubí finísimo se apoca,
y atrás quedan las perlas orientales;
la barba hendida, blanca y muy hermosa.
¡Ay, boca bella de mi Silvia hermosa!

El alabastro busca más perfecto,
haciendo sus labores excelentes,
y el alto pecho hace en torno eleto
de delicadas venas transparentes:
releva con altísimo subgeto
los pechos de cristal resplandecientes;
con blancas pomas, como la quajada,
adorna el pecho de mi Silvia amada.

Contenta de su traza, se asegura
mirando aquellas partes acabadas;

y quitando a la nieve su blancura,
 hizo las manos largas, delicadas:
 contempla su perfecta compostura,
 que excede a las presentes y pasadas;
 infunde gran virtud y gracia en ella
 y el valor alto de mi Silvia bella.

Fidias, Lisipo, Cores, Timoteo,
 escultores antiguos e ingeniosos,
 que por sus grandes obras el trofeo
 alcanzaron de claros y famosos,
 si vieran el trasunto que yo veo
 esculpido en mi alma, estos curiosos
 juzgaran que lo dicho es poca cosa
 con la presencia de mi Silvia hermosa.

Los indicios que nos hacen sospechar que sus poesías fueron muchas más son numerosos. Mas el reducido grupo de poemas que conocemos es suficiente para poder afirmar, como lo hace el profesor Prieto, que «Damasio poseía un amplio registro poético cuya variedad no parece cohesionada por una trayectoria de proyección vital»²⁵. En efecto, cuando Damasio —poéticamente *Dameo*— cantaba a *Galatea*, a *Videna* o a *Silvia*, no poetizaba sus amores personales, sino que escribía sus versos desde un fingido sentimiento de amor, que le servía de inspiración y motivo de sus composiciones. Desde esta posición creativa, sus canciones pastoriles de resonancia claramente garcilasiana, las coplas castellanas, los sonetos a diferentes temas, nos revelan un poeta que dispuso de notables cualidades y de acertado gusto para escribir sus versos en diferentes modalidades métricas y estilísticas. Por eso, la búsqueda y estudio de su obra es motivo de interés para el investigador literario.

De la prosa de Damasio poseemos muestras más extensas, aunque no más variadas. Ya se ha mencionado el hallazgo y estudio que la doctora Mary Lee Cozad ha realizado sobre una novela caballeresca de Damasio de Frías, titulada *Lidamarte de Armenia*. La doctora Lee Cozad ha extendido sus estudios sobre el autor vallisoletano, prestando atención, además, a sus poesías y, más en particular, a sus tratados en prosa, dedicando especial atención al *Diálogo de las lenguas*.

El Ms. 1.172 de la Biblioteca Nacional contiene cuatro diálogos en prosa bajo el título genérico de *Diálogos de diferentes materias*²⁶, que tratan sobre la discreción, las lenguas, el amor y en alabanza de Valladolid. Los cuatro se encuentran

25. ANTONIO PRIETO, *La poesía del siglo XVI*, ob. cit., tomo II, pág. 652.

26. *Diálogos de diferentes materias hechos por Damasio de Frías y Balboa, de mano, y son de don Antonio López de Calatayud*. 1582.

publicados desde el primer tercio de nuestro siglo. El *Diálogo en alabança de Valladolid* lo dio a conocer Narciso Alonso Cortés a principios de siglo²⁷. Diez años después, en 1929, don Justo García Soriano publicó los tres restantes²⁸, aunque en ambos casos sin la debida interpretación y estudio crítico de los textos, cosa que lamenta con enojo José F. Montesinos a propósito de la edición de García Soriano, cuya lectura resulta en muchos pasajes incomprensible.²⁹

El *Diálogo de la discreción* (B. N., Ms. 1.172, fols. 1-122) es el más largo de los cuatro. Según reza el colofón, el autor comenzó a escribirlo el 1 de junio de 1579 y lo concluyó el 7 de agosto del mismo año. Un espacio de tiempo relativamente muy breve para un asunto de complejidad intelectual. Es un tratado de ética social, en el cual se encarece la virtud de la discreción como la más importante de la *urbanitas* o cortesía social que debe adornar al caballero en todas sus actuaciones. Al hilo de la disquisición teórica sobre la importancia de la discreción, se refieren numerosos casos de comportamiento, en su mayor parte relativos a la ciudad de Valladolid, que nos dan a conocer aspectos interesantes de la vida del siglo XVI. Son muy abundantes las noticias sobre personajes de época y sobre el mismo autor, cuya personalidad se trasparenta muy bien dibujada, así como sobre la ciudad, sus parajes y costumbres. Intervienen tres interlocutores: *Lucio*, *Phanio* y el propio *Damasio*, que lleva la mayor parte del peso de la conversación. Naturalmente, este *Diálogo de la discreción* hay que ponerlo en relación con los tratados literarios sobre la cortesanía y caballerosidad que circulaban durante el Renacimiento, para comprobar en qué medida es original, o en qué cuantía es deudor, o simplemente cooperador de una corriente de pensamiento y literatura dialogística tan en boga en su tiempo.³⁰

El *Diálogo de las lenguas* (B. N., Ms. 1.172, fols. 125-155) es un interesante razonamiento sobre la evolución que experimentan las lenguas debido a los neologismos que en ellas se introducen. La presencia de italianos en España y los viajes y estancias de los españoles en Italia, habían producido una cierta moda de usar vocablos italianos que arrinconaban los términos castizos del castellano. La postura de Damasio es liberal y armonizadora, viendo una riqueza de la lengua castellana en esta imparable afluencia de extranjerismos, principalmente cuando provienen de una lengua afín como es la italiana. Intervienen en este *Diálogo* solamente dos interlocutores: *Antonio* y *Damasio*, que lleva la parte teórica frente a las dificultades que presenta su compañero de conversación. Inmediatamente se nos viene a la memoria el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés y otras obras

27. *Miscelánea vallisoletana*, ob. cit., págs. 231-287.

28. Cf. nota 6.

29. «Notas bibliográficas», ob. cit., págs. 190-193.

30. Sobre el diálogo renacentista, véase ANTONIO PRIETO, *La prosa española del siglo XVI*, I, Madrid, Cátedra, 1986, principalmente el capítulo III, págs. 99-114.

semejantes de la centuria, con las que, naturalmente, hay que poner en parangón la de Damasio de Frías, escrita en torno a 1580.

El *Diálogo en alabanza de Valladolid* (B. N., Ms. 1.172, fls. 157-221) tiene un interés eminentemente localista. Sin duda por esta razón lo dio a conocer en solitario Narciso Alonso Cortés, cuando lo publicó en la segunda serie de su *Miscelánea Vallisoletana*³¹. La ficción dialogística discurre entre un *Peregrino* o foráneo, que llega a la ciudad como pleiteante en su Chancillería, y un *Ciudadano*, que, evidentemente, refleja fielmente la personalidad del propio Damasio. La conversación venía de lejos, como lo parece del camino que traían juntos. Y dos leguas antes de llegar a la ciudad, a requerimiento del personaje foráneo, que desconoce la villa —Valladolid no tuvo el título de Ciudad hasta 1596³²—, el *Ciudadano* va describiendo las excelencias geográficas, climatológicas, monumentales, urbanísticas, históricas, sociales, religiosas, mercantiles, etc., no sin establecer comparaciones con otras ciudades de Castilla, de España y aun del extranjero, que parecen ser conocidas del autor del *Diálogo*, aunque bien pudiera servirse de referencias muy fieles para muchas localidades que menciona como conocidas.

El *Diálogo* comienza *in media re*, como parte de una conversación de camino que viene siendo mantenida por los interlocutores, y concluye *ex abrupto* al entrar en los límites de la ciudad, prometiendo continuarla cuando tengan ocasión de encontrarse en la villa:

CIUD. (...) Y con tanto vos, señor, me perdonad, que yo me apeo aquí en Santispiritus a dar unas cartas, que yo después os encontraré en la villa, y me diréis lo que d'ella os parece.³³

Las alabanzas de la ciudad son razonadas y comedidas. No se trata de un canto hiperbólico o de un mero ditirambo literario. El autor describe la ciudad en sus principales aspectos atractivos, a modo de guía para extranjeros, con lenguaje fluido y persuasivo, de modo que la pasión de su ciudadanía queda templada por la gravedad de sus razonamientos. Por la misma época, o quizá sirviéndole de inmediato precedente, había entonado Jerónimo de Lomas Cantoral su famoso *Canto Pinciano*; y con anterioridad Navagero, Carbonio Besozzi y otros ilustres viajeros se habían hecho lenguas de Valladolid.

El *Diálogo* lo escribió Damasio en torno a 1582, cuando los trabajos de construcción de la Plaza Mayor estaban aún sin rematar.³⁴

31. Valladolid, 1919, págs. 105 y ss.

32. Por Real Provisión de Felipe II, de 9 de enero de 1596.

33. *Miscelánea Vallisoletana...*, ed. de 1955, pág. 287.

34. JESÚS URREA, *Breve historia de la plaza Mayor de Valladolid*, Valladolid, Banco de Santander, 1981, pág. 9.

En *Diálogo de amor* (B. N., Ms. 1.172, fols. 224-275) conversan *Dorida* y *Dameo*. A raíz de un encuentro casual, comienzan el diálogo amada y amante, en el que éste reprocha a aquélla su desamor, dando lugar a que ante las justificaciones de *Dorida* para no prestarle atención ni corresponderle, *Dameo* vaya exponiendo las causas de su comportamiento y defendiendo su situación de amante desatendido. Los temas de la hipocresía de las quejas de amor, la mudable condición de los amantes, la esperanza como sustento del amor, los impedimentos para perseverar en el amor a una dama (muerte, ausencia, casamiento), las clases de amor posibles (platónico-espiritual, carnal o bestial, mixto o humano, en que se ama el alma y el cuerpo a la vez, como un todo), los remedios para el mal de amor, salvo para el desdén, único impedimento invencible, van surgiendo a lo largo de este diálogo en que se mezclan la filosofía y la literatura, los casos humanos y los mitológicos, actuando el amante *Dameo* como maestro y la amada *Dorida* como discípula, o mejor, como defensor y adversario de la tesis sobre el amor, al estilo de las controversias escolásticas.

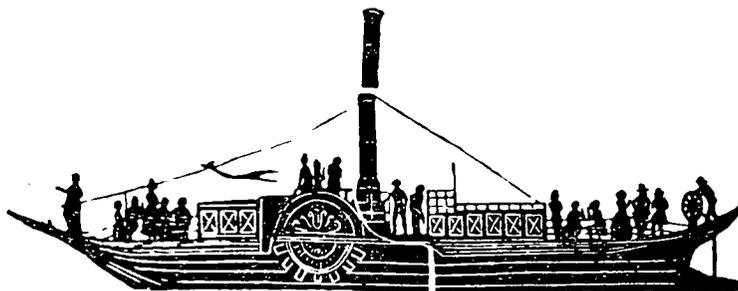
Eugenio Asensio propone como fuentes del *Diálogo* de Damasio los de León Hebreo, traducidos por el Inca Garcilaso de la Vega y publicados en 1590 —fecha que parece algo tardía respecto de la obra del vallisoletano—, y los de M. Speron Speroni, publicados en Venecia en 1550, además de probables influjos de Erasmo (*Procus et Puella*, o *Coloquio del matrimonio*) y de Benedetto Varchi (cuatro lecciones *Sopra alcune questioni d'amore*). Señala Eugenio Asensio coincidencias, paralelismos, semejanzas y diferentes elementos tomados por Damasio de los autores y obras citados, al mismo tiempo que desentraña las principales ideas sobre las que se construye el *Diálogo de amor* de Damasio de Frías. Según el mismo estudio, este *Diálogo* habría que situarlo en una fecha intermedia entre los escritos de juventud, caracterizados por su afición poética e italiana, y la fecha de 1579, en que compuso el de la *Discreción*. Por tanto, habría que considerarlo el primero de los cuatro *Diálogos*. Este trabajo del profesor Eugenio Asensio, aparte de su valor sustancial interno, es una pauta y un estímulo para emprender, con mayor profundidad y amplitud de aspectos, el estudio del resto de la prosa del escritor que nos ocupa, pues se ve con suficientes pruebas que Damasio de Frías es un testigo de su tiempo y un eco literario de otras voces que sonaban en el ambiente de las letras españolas con atrayente fuerza humanística.³⁵

Como puede haber sido observado, el orden en que se encuentran los *Diálogos* en el manuscrito de la Biblioteca Nacional no corresponde a las supuestas fechas en las que los escribió el autor. El orden de composición sería el siguiente: *Diálogo de amor*, anterior a 1579; *Diálogo de la discreción*, del 1 de junio al 7 de agosto de 1579, siendo el único del que constan las fechas; *Diálogo de las lenguas*

35. Cf. nota 1.

o por mexor decir de la propiedad del hablar y también se trata de la discrepción, en torno a 1580; y *Diálogo en alabança de Valladolid*, hacia 1582.

Damasio de Frías es un escritor hasta ahora casi olvidado que rompe las tinieblas de la oscuridad en que se encontraba. La investigación y la crítica de los últimos años ha vuelto a preocuparse e él, y hoy puede decirse que se encuentra en vías de recuperación. La profesora Mary Lee Cozad ha dado importantes pasos en este sentido, añadiendo a sus primeras investigaciones sobre la novela caballeresca *Lidarmarte de Armenia*, de Damasio de Frías, otras posteriores sobre el *Diáogo de las lenguas*³⁶ y sobre el resto de la obra damasiana: poesías y cartas literarias, cuyos resultados se encuentran dispuestos para su próxima publicación.



36. MARY LEE COZAD, «A Platonic-Aristotelian Controversy of the Spanish Golden Age: Damasio de Fría's *Diálogo de las lenguas* (1579)», en *Florilegium Hispanicum. Studies in Honor of Dorothy Clotelle Clarke*, Madison, University of Wisconsin Press, 1982, págs. 203-227. La autora, en confirmación de mis suposiciones, cree que Damasio de Frías nació en Yeles, aldea próxima a Toledo, y no en Valladolid, adonde llegó como servidor del Almirante de Castilla Luis Enríquez.